

Antonio R. Romera

Perspectiva dinámica de Santiago

Al Dr. Leoncio Andrade

I



A simple y momentánea visión que acuciosos dirigimos a un cuadro, no nos es útil—por limitada—para contemplar un paisaje urbano. Aunque vayamos a la observación sin pensamiento—a la manera impresionista—, es decir, a dirigir nuestra atención sin profundidad, el paisaje urbano nos lleva a una entidad temporal que puede ser comparada con la audición de una sinfonía.

El «mirar» del turista o el «ver» del filósofo necesitan de tiempo, aunque en el segundo caso accionen imperativos más profundos.

Cuando Azorín mira el deslizarse de las nubes sobre la amplia y abierta meseta castellana, el espíritu siente su eterno devenir. El «pequeño filósofo» se halla sentado ante su mesa de trabajo y las pupilas contemplan por la ancha ventana la cabalgata que da el pul-

so rítmico de la naturaleza. La visión se desliza, se desarrolla—mejor—como en un film.

Este estatismo debe trocarse—en nuestro caso—en la acción del excursionista que busca el «motivo», al igual que esos pintores vagabundos que, llevando a la espalda la caja de pinturas, demandan a la naturaleza sus líneas y sus colores. Nuestra percepción no es, pues, estática, sino dinámica; una contemplación peripatética—ver paseando—, cuyo imperativo está en poner ante nuestros ojos las dos dimensiones de Santiago.

Apresurémonos a confesar que tememos no haber descifrado el alma de esta ciudad, porque para ello se necesitarían—por lo menos—los maravillosos e in-materiales anteojos «ramonianos» que realizan el milagro brujo de convertir las cosas nimias, intrascendentes y pueriles, en claras fontanas de sugerencias. Ramón habría cogido Santiago—como está haciendo con Buenos Aires—y lo habría destripado, lo habría desmedulado y nos habría hecho ver lo invisible y tocar lo impalpable.

Nuestra visión ha sido rápida. Hemos abierto bien las pupilas y por ellas ha entrado el proteico paisaje urbano.

Esta faceta no es desdeñable, porque las cosas presentan ante el espectador muy aparentemente su superficie, su epidermis, gracias a la primera «impresión» que las caracteriza y por las cuales se conocen. Después, el hábito, el raciocinio y los prejuicios, modifican la primera visión. Pero nuestro diagnóstico fatal

y primerizo ha sido ya emitido y ha quedado fuertemente abincado en nosotros sin que su influencia inicial pueda ser borrada absolutamente. A este propósito, alguien que venía a Santiago desde París, ya empezada la actual guerra, nos decía que cuando llegó a la ciudad y salió a la plaza Mapocho, sus ojos, acostumbrados a la obscuridad parisina, hallaron este rincón tan luminoso y tan mágico, que no ha podido olvidar ya aquella primera impresión.

Cuando la historia ha querido explicar—posteriormente al conocimiento de los hechos—lo que ya sabíamos, no ha modificado nada. Se ha limitado a interpretar. Y así ha dicho: La historia de Grecia es la historia de un cerebro; característica es su configuración en circunvoluciones como la masa encefálica. Italia es una columna vertebral y su historia es la de un pueblo militar, fuerte y dominador. La historia de España—se ha añadido—es la historia de un pecho: noble, hidalga y generosa, porque la configuración geográfica de la Península Ibérica es muy semejante a la de un torso humano, lugar espiritual de esas virtudes.

No conviene exagerar. Todos los pueblos han pasado por diversas vicisitudes, extrañas en absoluto a la forma geográfica de sus territorios. Sin olvidar la influencia del ambiente en los núcleos humanos, los pueblos son como los han hecho sus habitantes. Y otro tanto ocurre con las ciudades. Llevando a su extremo la manía interpretativa no nos faltarían teorías para

hallar el sentido profundo de Santiago y su fondo entrañable. Ejemplos: la del Congreso de Historia de Ginebra, sobre la semejanza de los lugares geográficos con la anatomía humana, la de la libido, de Freud — ¡a todo nos han acostumbrado los psicoanalistas! — o la del análisis espectral a lo Keyserling.

Nuestra impresión santiaguina no ha sido turbada por nada externo. Es una visión virgen que ha sentido apenas la influencia apriorística de lecturas muy ligeras. Ni siquiera juzgamos a Santiago a través de otras visiones chilenas, pues de todo el territorio nacional es lo único que conocemos. Nos dejamos caer sobre la ciudad como en vuelo de pájaro sobre los picos andinos y nos hallamos en ella como encerrados en el perfecto contorno de esta unidad urbana.

II

Porque la urbe que hace cuatrocientos años fundara el magnífico señor Pedro de Valdivia es hoy un conjunto muy homogéneo y muy concreto, muy rítmico y muy enterizo.

Sin embargo, en estas notas de «andar y ver» algo se nos escapa. Santiago visto desde el interior — como en un bosque — no nos permite avistar el armonioso conjunto que hemos intuído. Apenas nos es dable contemplarlo en su totalidad desde el cerro de San Cristóbal — vigía de la ciudad — porque entre nosotros y la gran superficie aplastada de los edificios se interpo-

ne el polvillo que los cubre como cendal de caprichosas volutas.

Santiago no es fosco, ni hirsuto, porque careciendo de verticalidad, presenta la amabilidad muelle y propicia de sus líneas horizontales. Hundido, recostado en el amplio envase del valle, sedimentado en su fondo, tiene la transparencia en sí y dentro de sí de esos lagos entre montañas que se cubren púdicamente con los picos nevados.

Santiago es la ciudad tentacular por excelencia. San Cristóbal, Cerro Blanco y Santa Lucía son como las cabezas de este monstruo de carnes elásticas que se derrama por los cuatro costados y se disipa a lo lejos, siguiendo la configuración de los valles, perdiéndose gota a gota, como esos ríos que se ocultan en las arenas.

Contemplado desde la altura, Santiago del Nuevo Extremo semeja—especialmente en la orilla derecha del río Mapocho—una ciudad marroquí. Nosotros hemos pensado siempre en Tetuán o en Xexauen. Sin embargo, el encanto se rompe por el color plumizo de las casas santiaguinas. Mas en puridad la configuración de las callejas y el achaparramiento de los edificios presentan todas las características rifeñas. Si Cerro Blanco, que se encuentra en el centro de este barrio, fuera más que un cabezo pelado, un vergel, y tuviera en su cima un edificio, podrían pasar por la alcazaba de este rincón de tintes africanos.

Allá a lo lejos y frente a nosotros se difuminan las

líneas indefinibles de San Francisco y las curvas bizantinas de la iglesia de los Sacramentinos. A nuestra izquierda, comenzando por los olmos que nacen al pie del Cerro, se contempla Providencia que sirve de sedante y embeleso a nuestra vista fatigada por el abigarramiento del centro comercial. Este trozo de ciudad-jardín, de calles recoletas y silenciosas, dibujado por las líneas verdes de los árboles que marcan la geometría perfecta de las cuadras, es por donde respira Santiago con avidez de aire puro.

La bellísima Alameda de las Delicias se advierte apenas, sobre todo pasada la iglesia de San Francisco. El río Mapocho se nota vagamente en el brillo turbio de sus aguas que han debido ser transparentes y risueñas en las alturas andinas.

El conjunto que nos muestra Santiago es bien característico. Es desde luego, original. No se parece a Madrid, que tiene el tipismo de sus tejados, ni a Nueva York, que nos desconcierta con el caos frágil y geométrico de sus edificios, ni a Londres, con su niebla fuliginosa. Santiago es como París—aunque de estilo diferente—una ciudad armónica, una ciudad plena de euritmia, construída toda ella con criterio ortodoxo admirable. Este conjunto resulta de una belleza mágica—contemplado desde San Cristóbal—en los atardeceres, cuando el sol pone una nota dorada en las vertientes que sirven de fondo a la ciudad.

Algo se ha perdido—empero—de esta graciosa armonía urbana con la construcción en el centro de al-

tos edificios que rompen imperceptiblemente la línea estética. Desde nuestra atalaya vemos las gibas de concreto que le han salido a Santiago.

En los días en que el aire fuerte ha logrado barrer el cendal plomizo, hemos logrado ver perfectamente las casitas diseminadas en la Quinta Normal.

En las noches el espectáculo es incomparablemente sugestivo. La ciudad—una de las mejor alumbradas del mundo—brilla abajo áurea y se agita enfebrecida como un hormiguero humano. En estas horas mejores, bajo el aire sutil y liviano de las noches milagrosas de Santiago, es cuando ha penetrado en nosotros su espíritu inquieto y un poco frívolo. En las horas nocturnas su corazón inmenso parece henchirse y latir con más fuerza.

III

Dos elementos constituyen la trama de esta ciudad. Las gentes y el clima. En ellos radica la semejanza que los viajeros hallan a Santiago con las poblaciones andaluzas. En Sevilla, en Córdoba, en Granada, lo importante—con serlo ya mucho—no es la Giralda, la Plaza del Potro o la Alhambra. En toda Andalucía el clima y los habitantes son lo más típico y lo más encantador. En Santiago ocurre igual. El santiaguino es andaluz más que vasco, castellano o catalán. Su característica apatía para el trabajo, su humor quintaesenciado, su afición desmedida por la bohemia, lo hacen muy semejante al habitante de la España del

sur. Hasta el lenguaje está impregnado de expresiones que nos recuerdan la jerga andaluza. Algunos días, contemplando por encima de los muros de nuestro patinillo las copas blanquiplomizas de los acebuches, nos hemos creído en la propia Sevilla.

El clima de Santiago, ese clima de noches claras en las cuales la luna parece suspendida en el horizonte inmóvil, hace de la población un refugio admirable de tranquilidad. Del suelo sube un perfume de nardos, de lilas y de tierra mojada, que da al aire un gozo paradisiaco. En las altas horas de estas noches estivales, Orión parece proteger con el plateado alfange de estrellas a la ciudad que duerme abajo. Sirio semeja el brillante ojo de algún cíclope enamorado de los contornos armoniosos y femeninos — por lo delicados— de la urbe. La Cruz del Sur se alarma por el inquietante parpadeo de Alfa del Centauro.

Situado a 500 metros sobre el nivel del Pacífico, en uno de los más bellos rincones cordilleranos, en el fondo de esta olla, Santiago disfruta de un clima edénico. «En este valle, dos leguas de la Cordillera, a la orilla del río Mapocho, crió Dios un cerro de vistosa proporción y hechura—dice el padre Ovalle en su *Historia de Chile*—que sirve como atalaya, de donde a una vista se ve todo el llano como la palma de la mano, hermo세ado con alegres vegas y vistosos prados en unas partes, y en otras de espesos montes de espinales . . . »

Hoy el valle está poblado por una inmensa aglome-

ración urbana que se lo ha ido comiendo poco a poco. Pero el clima de este rincón que descubrió un conquistador español sigue siendo el mismo. Santiago, que durante las horas diurnas de la canícula siente a veces los trallazos de un calor excesivo, se resarce en la noche cuando un airecillo que viene de los picos andinos refresca de manera estupenda la atmósfera. El invierno es muy clemente y dura tan poco que pasa inadvertido para los viajeros que llegan del centro de Europa o de las altas y frías mesetas castellanas, en donde «el aire es tan sutil, que mata a un hombre y no apaga un candil», según afirma un dicho popular.

En nuestro diario deambular por sus barrios nos hemos complacido en ver a la gente y, sobre todo, en oírla. Es indispensable oír lo que dice el santiaguino. Aunque la charla sea importante hay en ella siempre una simple filosofía hecha de despreocupación por lo transcendental. El chileno no es nunca grave—¡oh, la engolada y graciosa petulancia de ciertos argentinos!—.

Un paseo por las calles más populosas de la ciudad—San Diego, Rosas, San Pablo—nos hará barruntar el espíritu de estas gentes que han hecho de la calle su casa-habitación.

Hay algo que el extranjero suele encontrar extraordinario. El ver cómo se exalta el tipo del chileno que ha llegado a cierto grado de abandono en su atavío. Los nombres de «roto» y «verdejo» designan a estos elementos que forman colectivamente la «rotá» o la «poblá». Cuando se ha adentrado más profundamente

en el espíritu de esta tierra, se observa que lo que se exalta o se celebra del «roto» no es precisamente la indumentaria en jirones, sino el sentido admirable del humor y de la sátira que parece haberse entronizado en esta clase social.

No se trata—aunque a una mirada superficial se escape el detalle—de tipos racialmente inferiores. No; abundan los ejemplares viriles y de facciones perfectas. La degeneración es más superficial que biológica. Es decir, del traje, de las maneras, del lenguaje, pero el tipo conserva su contextura perfecta.

Parece—así lo hemos oído a un santiaguino preocupado por estas cuestiones—que si preguntáramos a los «rotos» sus nombres nos percataríamos que son los descendientes de los primeros españoles. El proceso racial que aquí se origina adopta una forma de transmutación. Algo semejante a las épocas «Kitra» y «Kali» en que se produce la alterna sucesión de dos castas, según Ortega y Gasset.

Los estratos homogéneos socialmente bien situados degeneran con los años y son substituídos por otros nuevos aportes que los eliminan por su mayor vitalidad y fuerza económica. Así, estos elementos de la capa social más decadente—descendientes de extremeños y andaluces—, que llevan nombres rimbombantes, han sido desplazados por nuevos núcleos del norte de la Península: vascos, montañeses, asturianos. Ello explica—al decir del citado comentarista santiaguino—el complejo del «resentimiento» que abunda en ciertas

clases sociales, que a la vuelta de algunas décadas son desalojadas de sus posiciones privilegiadas por nuevos grupos mejor preparados para la lucha y más audaces.

De aquí debe provenir el escepticismo y cierto fondo anarquizante que hemos notado en el santiaguino. El mismo origen debe tener la característica apatía para encarar los conflictos. No se olvide tampoco la herencia indígena y la mezcla de todos los elementos llegados al país. El criollo—dice Joaquín Edwards Bello—no admira nunca o, por lo menos, no manifiesta su admiración. Procura imitar mejorando el modelo. En Santiago hemos comprobado la realidad de esta afirmación.

El chileno se sitúa frente a sus montañas — esos «cataclismos petrificados», definición perfectamente exacta del mismo Edwards Bello—, frente al inmenso mar de sus costas y entonces se realiza lo que ciertos autores han llamado un proceso de servidumbre mimética. Las facultades volitivas pierden su ritmo y las personas devienen cosas. Un fondo insobornable de independencia rabiosa, de escepticismo, de anarquía individualista, hacen del chileno un tipo — decantado y sedimentado de varias razas en un ambiente propicio—tan original, que se hace imprescindible señalarlo como lo más valioso tal vez de toda la América hispana. Por eso mismo, y porque el hombre hace al medio, es seguramente Chile el país de América que más consecuentemente ha conservado sus características peculiares.

Sin embargo, conviene señalar alguna excepción que se está produciendo estos últimos años. Con motivo de la inmigración de grupos étnicos europeos se observa, con sólo pasear por las calles «del centro», un tipo diferente del característico ya señalado. Es frecuente encontrar mujeres altas, rubias, que no son nórdicas, ni chilenas, sino algo diferente y que tienen, empero, de esos dos tipos, algunos rasgos comunes. Es el clima el que ha modificado morfológica y espiritualmente estos productos de la inmigración, creando un nuevo espécimen que hará sentir en lo sucesivo su marcada influencia sobre las peculiaridades demográficas de Chile.

También se puede ver, a las horas de la actividad comercial, en algunas calles del barrio céntrico, el agitado ir y venir de ciertos tipos en los cuales la pupila menos experimentada acusa rasgos exóticos inconfundibles. Las líneas fisonómicas—nariz corvina, ojos batraciales y grasientos—de estos enfebrecidos paseantes y la inevitable cartera de cuero que portan, nos dicen que sus actividades no son simplemente deambulatorias. Este tipo—que no hemos de señalar por estar en el ánimo de todos—tendrá un gran influjo—lo tiene ya—sobre la economía y el comercio chilenos.

Bien característico es, también, el comprador de «ropita usá», que un francés desconocedor del castellano confundió con «marchands d'amour» callejeros. Si en París este menester quedaba reservado a las mujeres, aquí, en Santiago, lo desempeñaban los hombres. Hu-

bo que disuadir a aquel diplomático de que estaba en un error. Se trataba de pacíficos ropavejeros ambulantes. No menos pintorescos son los vendedores de frutas, de perros, de mesitas, de mantas, de sombreros «Panamá» . . .

El abandono en la indumentaria, que ya hemos señalado, está compensado por la cortesía callejera y por la hospitalidad que se hacen omnipresentes en todo Santiago. Ya Lafond du Lucy, en su libro «Viaje a Chile», lo señaló como una de las virtudes de este pueblo. A nosotros lo que más nos ha llamado la atención ha sido la capacidad comunicativa del chileno. En donde quiera que estéis, en el «paradero» de un tranvía, en la sala de un teatro, frecuentemente seréis interpelados por la amabilidad acuciosa que tendrá muchas veces la virtud de distraeros y de haceros olvidar problemas que preocupan vuestra mente. Otra faceta más que viene directamente de las tierras andaluzas. En ninguna otra ciudad se respira tan a plenos pulmones el «aura popularis», como en Santiago.

IV

Hablar detenidamente de Santiago, haría inacabables estas notas que solamente pretenden ser intrascendentes. Porque los aspectos de la urbe son variadísimos y complejos.

Muchos santiaguinos — especialmente las personas de cierta edad y los desocupados sin otra preocupa-

ción que la de dejar y ver transcurrir el tiempo—consideran la Plaza de Armas como el centro de la ciudad. Si no es el centro geográfico, sí es el espiritual. El hecho de que a ella afluyan calles tan importantes como 21 de Mayo, Puente, Monjitas, Merced, Abumada, Catedral, Compañía y Estado, le da una importancia enorme. Por eso ha sido elegida como refugio peccatorum, como ágora de todos los bohemios y contemplativos santiaguinos. Los peristilos que la abrazan por dos de sus lados y la presencia de las doradas y pétreas torres de la Catedral le dan cierto aire de plaza castellana. El kiosko de la música evoca tiempos dulzones y cursis ya idos para siempre. La casa-ayuntamiento y el edificio de correos completan la impresión colonial. No hace mucho, un pintor revolucionario colgó los chafarrinones ingenuos que no hallaron cobijo en sala adecuada, en las columnas del kiosko. ¡Qué bien estaban allí aquellos cuadros! Parecía que la plaza había recibido una condecoración escolar.

En este rincón crucial de Santiago se ve a la mecanógrafa, al obrero, al dependiente, a la empleada, al hombre de negocios, al simple paseante y al mundillo del afanoso vivir y deambular. Unos pasan, y otros, desde los bancos, miran. Los bancos—hemisiciclo de este parlamento a los cuatro vientos—están ocupados por esos tipos que esperan lo que no llegará, miran, se aburren, leen sin leer. Y hay siempre la mujer gorda, esa ancha matrona que luce estrejitosa-

mente sus piernas enormes, verdaderas columnas jónicas de este congreso.

Bajo los pórticos pasa a todas horas una multitud heteróclita que va a ver, a palpar y, sobre todo, a comer en los bares y fuentes de soda que hacen su agosto estropeando estómagos y llenando el aire de olores nutritivos. Un bohemio impenitente que suele ayunar con lamentable frecuencia nos decía que a veces se alimentaba respirando los efluvios que salen de estas arcadas pantagruélicas.

Una de las calles santiaguinas de mayor colorido es la de San Diego. Parece la calle judía de una urbe europea con sus comercios de ropavejero, baratijas, libros viejos—en ella hemos encontrado los libros más cochambrosos y grasientos del mundo—, filatelia, etc. Cosa divertida es, cuando se vagabundea por esta calle, el ir mirando los rótulos de las tiendas. Estas muestras comerciales nos hablan con claridad grafológica del carácter y de la psicología de quienes los idearon. Los hay astronómicos: «Al cometa de Biéla». Otros son zarzueleros: «Al brindis de Marina». Existe el florilegio: «A la dalia blanca», «La Margarita», «La rosa de té», etc., que corresponden a comercios de tejidos cuyos dueños se caracterizan por una amable cursilería muy a tono con esta rotulación. Otros son simplemente pintorescos: «A la sin bombo», «A las tres B. B. B.», «El 13».

Las esquinas son verdaderos zocos. Entre el mosquerío, las cáscaras de bananas y los restos agriados

de frutas, pulula una muchedumbre de chiquillos andrajosos y encanijados, con piernas raquíticas que parecen cañas de bambú, mozalbetes mugrientos y holgazanes que, recostados sobre las sucias y agrietadas paredes, semejan montones vivientes de basura. Los largos pasillos conventiles vomitan multitudes andrajosas: mujeres desgarradas, gordas, fofas y esristes; viejos gastados y consumidos en la dura lucha por la vida y que parecen salidos de las páginas de Gorki.

A pesar de todo, la calle de San Diego va evolucionando y transformándose en una vía limpia y moderna.

La Alameda de las Delicias responde perfectamente a su nombre. Es ella la avenida más bella de la ciudad. A la largo de su recorrido abundan los edificios modernos y los jardines. Señalemos, aunque sea brevemente, este rincón de paz y de tranquilidad que es la Biblioteca Nacional. El silencio y la frescura limpia y aséptica de sus salas atraen muchos lectores.

El cordial y hospitalario Parque Forestal recibe con matemática precisión cada año el autumnal y renovado gorjeo estudiantil de la juventud.

Atravesando la luminosa Plaza Baquedano llegamos al Parque Japonés que es el más aristocrático y celestinesco de los floridos rincones santiaguinos. ¡Idilios sentimentales, juveniles y frescos! Todo es tierno aquí y las estrellas numerosas marean en las noches estivales. Las horas verdinegras del Parque Japonés se pueblan de fantasmas que parecen esfumarse cuando

avanzamos por las sendas envueltas en el perfume húmedo de los lirios.

La Vega con la algarabía de los vendedores acalla los rumores del Mapocho. Olores nutricios se perciben en este rincón que se convierte en el lugar de cita de los más extraños personajes de la ciudad. Vendedores huesudos y estridentes de leves gestos cleptómanos, empleadas achaparradas, lustrabotas que arrastran en inverosímiles y diminutas cajas todo su negocio, chiquillas de ojos tristes y enfermizos, de maneras precoces, que revoletean alrededor de los puestos. Todo un cosmos que se mueve en el barrizal hediondo del lugar.

El centro comercial—la «city»—cuando se encienden las luces de neon de sus escaparates y enseñas, recuerda a Yokohama y a San Francisco. No en balde es esta una ciudad sobre la vertiente pacífica.

Transcurrida la jornada laboriosa de las horas diurnas, este barrio se convierte en el Broadway santiaguino. Es la hora en que se abren los clubes y los establecimientos nocturnos que tienen algo dostoiewskiano en su manía de ubicarse en el subsuelo.

Pero una visión de las doradas noches santiaguinas nos llevaría muy lejos y haría interminables estas notas intrascendentales que pretenden sólo captar lo leve y más próximo. Dejemos para otra ocasión el rebullir pecaminoso del Santiago noctívago y sentimental.